



Pablo d'Ors
El olvido de sí



PABLO d'ORS

El olvido de sí

Trilogía del Silencio - III

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2021

© Pablo d'Ors, 2013, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 165-2021
ISBN: 978-84-18526-02-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Abraham Cerecedo,
discípulo predilecto y amigo incomparable*

Conocer el camino es conocerse a sí mismo;
conocerse a sí mismo es olvidarse de sí mismo;
olvidarse de sí es quedar iluminado por todo.

DOGEN ZENJI

Índice

I. Confusión. El vizconde de Foucauld (1858-1876).....	19
II. Exploración. El explorador de Marruecos (1876-1886).....	43
III. Conversión. El converso francés (1886-1889).....	97
IV. Meditación. El novicio de Akbés (1889-1897).....	135
V. Imitación. El jardinero de Nazaret (1897-1900).....	175
VI. Purgación. El ermitaño del Sahara (1900-1905).....	203
VII. Compasión. El hermano universal (1905-1910).....	279
VIII. Iluminación. El místico itinerante (1910-1916).....	335

Dramatis personae

CONFUSIÓN

Charles de Foucauld, vizconde
Morlet, abuelo, tutor y coronel
Marie de Bondy, prima
De Morès, camarada

EXPLORACIÓN

Oscar MacCarthy, bibliotecario
Mimí, prostituta
Marguerite Titre, prometida
Eugénie Biffet, hija del hospedero
Mardoqueo, guía judío
Bu Amama, guerrero enemigo
Georges Latouche, primo
El subgobernador de Bône

CONVERSIÓN

Henri Huvelin, abate

MEDITACIÓN

María Alberico, novicio
Dom Martin, maestro de novicios
Dom Luis, abad

IMITACIÓN

Jesús de Nazaret

Madre san Miguel, abadesa

PURGACIÓN

Guerin, prefecto apostólico

Laperrine, comandante

Michel, hermanito

Ouksem, muchacho

COMPASIÓN

Moussa Ag Amastane, jefe indígena

Motylinski, erudito

ILUMINACIÓN

Louis Massignon, catedrático

Suzanne Perret, admiradora

Y ADEMÁS

François Édouard, padre de Foucauld; Isabelle Beaudet, madre; Agnès y Segisbert Moitissier, tíos; Cataline, prima; Gabriel Tourdes, amigo de la infancia; Bertrand y Armand de Foucauld, antepasados; Rouget de l'Isle, compositor; Charles de Blic, oficial de marina; Lardimali, marqués; Bonnet, monseñor; Paul Crozier, canónigo; Cochin, barón; Nieger, oficial de cazadores; Cottenest, teniente; Lyautey; Didier; Grassot; Lemaitre; Matous-saint; Sainville; Radigon; Richemond; Goncourt; Chate-lard; Serpette; Sourisseau; Sigonney; Gorée; Galard; Voil-laume; Voillard; De Castries; Tissot; Duclos; Leurent;

Grillet; Lapeyre; Quignard; Dinaux; Abdel Kader; Mustafá Pachá; Isaías Abi Serour; Ibn-al-Mugaffa; Natanael; Pedro; Andrés; Santiago; Verónica; viuda de Naím; viuda de Sarepta; Marta; María; Lázaro; el joven rico; Juan el Bautista; Judas; Cirineo; Ingres; Berulle; Condreu; Fénelon; Villon; Régnier; Montalembert; abate Darras; padre Ferretti; padre Mandato; Luciano; Tomás de Aquino; Aristófanes; Lope de Vega; Calderón; compañeros de Santa Genoveva; cadetes de Saint-Cyr; camaradas del cuarto de húsares y de cazadores; feligreses de la parroquia parisina de San Agustín; los pobres de la ventana; los connovicios; las clarisas; los cazadores de Beni Abbès; los tuareg; los desdichados; viajeros y otros visitantes y curiosos.

Escenografías

Estrasburgo, Nancy, Évian

París (plaza Kléber; rue de la Pompe; rue Miromesnil;
rue d'Anjou; Montmartre; avenue Malesherbes, Saint-
Germain-des-Prés...)

Escuela militar de Saint-Cyr

Escuela de caballería de Saumur

Guarnición de Pont-à-Mousson

Sétif

Mascara

Clamart, Solesmes y Soligny

Trapa de Nuestra Señora de las Nieves, en Ardèche

Trapa de Akbés, en Siria

Roma (San Juan de Letrán; Coliseo; Universidad Grego-
riana)

Tierra Santa (Belén, Monte de los Olivos, Betania,
Emaús, Jordán, Montes Moab y Edom)

La cabaña de las herramientas, en Nazaret

Convento de las clarisas, en Jerusalén

Monte de las Bienaventuranzas

Marruecos
Casablanca
Valle de Lalla-Marnia
Argelia
Trapa de Staoueli
Argel
Beni Abbès
Tamanrasset (*bjord* y fortín)
El Assekrem

Y también: Abadía de Chancelade; Limoges; Arlés; Sou-
bise; Valleombrosa; Oise; Meuse; Fère-Champenoise;
Sézanne; Marne de Meaux; Villé; Auteuil; Donon;
Rehel; Saint Quentin; Peronne; Compiègne; Verdún;
Indre; La Barre; Saint-Dié; Gérardemer; Chamonix;
Lembras; Renaudie; Fontgombault; Saint-Laurent-les-
Bains; Marseille; Bastide-Saint-Laurent; Maison-Carrée;
Toulon; Bridoire; Lunéville; Barbirey; Viviers; Bergerac;
Vosges; Lorraine; Amiens; oasis de Aqqa; Mansurah;
Mhamid-el-Ruslán; Philippeville; Tlemcen; Xexauen;
Nemours; Tisint; Mogador; Bou el Djad; Cheikh; Ain-
Sefra; Tidikelt; Djebel-Oudan; Silet; Abalessa; Tagmout;
Bab-el Oued; In-Salah; El Golea; Ghardaia; Tombuctú;
Túnez; Sudán; los desiertos saharianos del sur de Orán y
las dunas de Merzuga.

I

Confusión

El vizconde de Foucauld



¿Es tan raquítica la vida?
¿No será más bien tu mano
la que es demasiado pequeña,
tus ojos los que están empañados?
Eres tú quien ha de crecer.

DAG HAMMARSKJÖLD

Recuerda que eres pequeño.

CHARLES DE FOUCAULD

Que alguien que no entienda mi forma de pensar
me llame loco si así lo desea,
que piense que no estoy en mis cabales
y que carezco de sentimientos.
Los insultos no me molestarán
y las alabanzas no las escucharé.

YOSHIDA KENKO

I. LA ORACIÓN Y EL AYUNO

Cuando alguien me pregunta qué debe hacer para encontrarse con Dios, mi respuesta es siempre la misma: ora, ayuna; y no me limito a decírselo, sino que oro y ayuno con él, pues rara vez llegará a hacerlo si al principio no se le acompaña. Jamás debe decirse a nadie que ore o ayune si no se está en disposición de orar y ayunar a su lado. Es más: decirlo sin hacerlo puede llegar a ser perjudicial.

Si ha orado y ayunado, no hay hombre o mujer en el mundo a quien Dios no se le revele; y reto a cualquiera que realmente lo haya hecho a que diga lo contrario. Dios no se resiste a quien se pone en esta disposición. El problema nunca es que Dios se resista, sino por qué se resiste el hombre a descubrirle o, lo que es lo mismo, por qué desdeña el ayuno y la oración.

El silencio y la sobriedad, que es tanto como decir la oración y el ayuno, es lo que más le conviene al hombre para llegar a encontrarse consigo mismo. Sin embargo, hay algo en nosotros que nos impulsa a buscar la plenitud exactamente por el camino contrario. De este modo, en lugar de fijar nuestras residencias en lugares silenciosos, por ejemplo, nos instalamos en las poblaciones más ruidosas y nos aturdimos con toda clase de sonidos. De igual manera, en vez de ser sobrios o moderados, nos

arrojamos ávidamente a todo tipo de alimentos y bebidas, objetos y sustancias con que aturdir nuestros sentidos y confundir nuestro espíritu. El hombre se realiza sólo en la simplicidad. Tantas más cosas poseamos y tantas más experiencias acumulemos, más difícil y tortuosa será nuestra realización. Por eso, tras emprender un viaje o leer un libro, pero también antes, deberíamos orar y ayunar. Tras una conversación y antes, tras la acometida de un trabajo –pero también antes–, tras una noche con el ser amado –y antes– se debería orar y ayunar. Tanto más se debería orar y ayunar cuanto más importante sea para nosotros lo que hayamos proyectado realizar a continuación. Sin oración y ayuno, siempre hay demasiado ruido y demasiada avidez. Y el más pequeño ruido y la menor avidez son –ésa es mi experiencia– los principales obstáculos en la conquista de la felicidad.

Cuando me preguntan qué debe enseñarse a los niños en las escuelas, mi respuesta es siempre la misma: enseñadles a ayunar, enseñadles a hacer meditación. El alma no puede robustecerse sin estos dos ejercicios y, todavía más, cualquier religión o espiritualidad consiste, sobre todo, en esta práctica rigurosa y continuada. Doy por supuesto que el mundo no podrá entender estas afirmaciones, pero ¿qué importa eso?

No faltarán, seguramente, quienes al leer esto me califiquen de exagerado. A ellos les diría que los que aman saben que el amor es siempre exagerado, que no hay amor sin exageración. Es probable que tampoco falten quienes tachen de radical lo que, muy sucintamente, acabo de exponer: gentes que imaginen que, de seguir mis consejos, sucumbirían al fanatismo y a la sinrazón. A esa objeción respondería que creer firmemente lo que se ha experimentado no es en absoluto lo mismo que ser un fanático. En nuestra sociedad actual hemos llegado a un

nivel de confusión tal que identificamos el fanatismo con una apuesta decidida por una determinada verdad. Sólo cuando impide amar a los demás, una verdad o una moral deberían ser tachadas de fanáticas. Porque la verdad, sin amor, no es más que un ídolo. Y porque por exigentes que mi oración y ayuno hayan podido llegar a ser, jamás me han impedido comprender y amar a mis semejantes.

Si echo la vista atrás no puedo sino sentir asombro, admiración y agradecimiento, que son los tres rasgos esenciales del hombre religioso. Tengo para mí que la mayor parte de las personas pasa por la vida sin llegar a saber nunca qué camino debe seguir; resulta lamentable que no hayan encontrado a nadie que les haya dicho que podían y debían orar y ayunar, y que era así, ayunando y orando, como lo encontrarían. Sin oración ni ayuno es imposible encontrar ese supuesto camino, y sin oración ni ayuno tampoco es posible mantenerse en él.

Tanto más borroso y lejano resulta Dios para mí cuanto menos ayuno y medito, de donde se deduce que el sentimiento de su presencia es directamente proporcional a la vivencia e intensidad de estas prácticas, a las que me aficioné desde que descubrí sus enormes y fulgurantes beneficios. A los pocos meses de haberme puesto en serio a meditar, constaté que había empezado a operarse en mí una transformación; no llevaba un año desde que había empezado a ayunar con regularidad y ya percibía que era alguien diferente y mejor. Claro que bastó que me propusiera comer algo menos para que mi apetito se avivara y sintiera los antojos y caprichos más irresistibles. Contra lo que suele creerse, el primer día de ayuno es mucho más duro que el segundo, el segundo que el tercero, el tercero que el cuarto, y así sucesivamente. De modo que no tuve que hacer grandes esfuerzos para adentrarme en la sagrada práctica del ayuno, que es don-

de cifro –junto a la oración– el dominio de mis deseos y mi sometimiento a la voluntad de Dios.

En esta autobiografía quiero hablar fundamentalmente del ayuno y de la oración, que son las únicas actividades en que puedo decir que soy algo experto. Pero también quisiera hablar aquí del misterio de Dios, pues eso es, al fin y al cabo, lo que encuentro cuando oro y ayuno. Así que de lo que voy a tratar aquí es de cómo Dios me llamó, me condujo y me forjó; y de cómo yo desoí sus mandamientos, preferí mis vías a las suyas y desaproveché la gracia que Él siempre ha derrochado sobre mí.

2. COMIENZO DEL LIBRO

Por exótica o extravagante que para algunos pueda resultar, no creo que mi vida merezca narrarse más que para conocer su dimensión más mística o espiritual. Escribo estas memorias con la esperanza de que, durante su lectura, alguien pueda escuchar la voz del silencio que yo mismo escuché y para que sea capaz de responder a ella, si puede, mejor de lo que yo respondí. De manera que el protagonista de este libro no soy yo, sino Dios: yo sólo soy un pobre e insignificante hombrecillo en quien Él, inexplicablemente, ha querido manifestarse. Más allá de mis muchos viajes, así como del desconcierto que pueden causar algunas de mis opiniones, en mi corazón ha habido una magnífica corriente de vida que es lo único que merece la pena reseñar. Nadie podría hacerlo si yo no lo hiciera; y es que sólo Él y yo sabemos lo que hemos vivido juntos durante mis prolongadas oraciones y estrictos ayunos. Narraré, pues, la historia del amor más grande que pueda conocer un hombre, que no es otro que el

amor de Dios. Sí, he querido hacer de mi vida un eco de la suya; y ahora, a punto ya de abandonar este mundo, temo no haberlo conseguido, o no al menos en la medida en que Él, seguramente, lo esperaba de mí.

Os preguntaréis cómo he llegado a semejantes conclusiones y, sobre todo, a una práctica tan intensa como constante del ayuno y de la oración. Para responder a esto tendría que remontarme a mi juventud; y es que si la sencillez en la indumentaria y en la alimentación son hoy para mí condiciones indispensables para la plenitud, cuando contaba veintisiete años mi vida giraba en torno a los trajes y perfumes, a los manjares y al alcohol. Los ideales del ejército de caballería, en que había sido alistado más por deseo de mi abuelo que por el mío propio, no lograban encenderme ni librarme del aburrimiento. Debo a esos años de cadete, sin embargo, algo que más tarde se revelaría capital: la camaradería y, sobre todo, la amistad, que para mí fue siempre un valor sagrado. En 1883 yo era un joven vividor y atolondrado; todo me aburría y asqueaba: una sensación para la que en aquella época no encontraba una explicación pero que hoy, tras años en el desierto, estimo tan lógica como merecida.

Por algunas circunstancias que detallaré a su debido momento, fue en aquellos días cuando comprendí que si deseaba llegar a ser un hombre de verdad debía buscar siempre y exclusivamente el último lugar. Ser el último: ésa era la consigna. El hecho de que buena parte de la humanidad estuviera equivocada en su búsqueda de la felicidad –también esto lo comprendí entonces– no comportaba que también yo tuviera que errar en este empeño. Comprendí, en pocas palabras, que se abría ante mí un camino que no podría recorrer sino en la soledad más estricta, puesto que la verdad es siempre un

camino poco transitado. Nada hay valioso en el mundo que no haya sido precedido de mucha soledad. En realidad, la soledad es la condición indispensable para cualquier logro. La soledad es el medio por excelencia para el cultivo de la sensibilidad. Claro que a la gente le cuesta mucho apartarse del resto y mantenerse callada, y por eso suele estar tan lejos de la felicidad.

Aconsejado por Henri Huvelin –de quien más tarde hablaré como merece–, tomé entonces algunas decisiones de las que, por duras que parecieran a quienes me conocían y querían, no me he arrepentido hasta ahora. En esta autobiografía que comienzo hoy, 1 de enero de 1916, quiero dar cuenta de cuáles fueron estas decisiones y de cómo me han ido conduciendo hasta quien soy en la actualidad.

3. EL VIEJO CORONEL MORLET

Para empezar diré que mi verdadera vida no comenzó el 15 de septiembre de 1858, que fue cuando abrí los ojos a este mundo, sino un atardecer de finales de octubre del 86, frustrados tanto mi proyecto de matrimonio como mi breve y agitada carrera militar. Quiso el destino que mi madre me diera a luz en el número 3 de la plaza Broglie de Estrasburgo, en la misma casa –y probablemente en la misma habitación– en que Rouget de l'Isle había compuesto en 1792 la célebre «Marsellesa». Tal vez por esta curiosa coincidencia amé tanto a mi país; y tanto más lo he amado cuanto más lejos he estado de él, pues los grandes amores –yo lo sé bien– se fraguan siempre en la distancia. A menudo pienso que Dios nos deja solos para que fragüemos nuestro amor por Él. Que amar es un juego, dulce y cruel, de cercanía y distancia.

De modo que si nací en el lugar en que se compuso el himno nacional y si viví entre la guerra franco-prusiana y la del 14, no puede extrañar que mi vida haya estado marcada por la colonización del norte de África –que fue lo que tuvo lugar entre una conflagración y otra– y que siempre y ante todo me haya sentido francés.

Mi nombre completo es Charles Eugene de Foucauld y soy –fui– vizconde de Foucauld, título nobiliario que se remonta al siglo x, cuando Hugo de Foucauld donó algunas de sus propiedades y de sus bienes a la abadía de Chancelade. Durante mi juventud indagué en archivos y bibliotecas hasta que di con algunos de mis antepasados. Debo mencionar aquí a Bertrand de Foucauld, por ejemplo, quien tomó parte en las cruzadas de san Luis, donde cayó en la batalla de Mansurah al defender al rey contra los musulmanes. También a Jean III de Foucauld, llamado «buen y seguro amigo» por Enrique IV, que fue quien le nombraría gobernador del condado de Perigord y vizconde de Limoges. No me extenderé sobre mis antepasados; tan sólo diré que muchos marinos, soldados y sacerdotes salieron de mi familia, y que no pocos entre ellos murieron al servicio de la patria en Italia, España o Alemania. De la gloria que muchos Foucauld conquistaron, la mayor le correspondió al canónigo Armand de Foucauld, príncipe-arzobispo de Arlés: un Foucauld a quien, ciertamente, me habría gustado estrechar la mano.

Políticamente éramos orleanistas, es decir, que ni renegábamos de la Francia real ni de la que se fraguó en 1789. Liberales y capitalistas, para mi familia la nobleza era poco más o menos lo mismo que la burguesía adinerada. Con gran ingenuidad, mis compatriotas creyeron que podrían vencer a los prusianos en 1870 con las tácticas ensayadas en Argelia. Pero Estrasburgo, ¡ay!,

tuvo que rendirse al enemigo: una eventualidad que mi abuelo, por fortuna, había previsto. En mi candor, exiliado en Suiza, soñaba con futuros resarcimientos: me veía en el campo de batalla desenfundando y blandiendo el sable de mi abuelo y tutor; pero luego, en vez de atacar, en aquellos sueños míos quedaba fascinado por el brillo azulado de la hoja y me limitaba a contemplarla con estupor. No comprendía que Francia pudiera perder, ignorante aún de cómo la desgracia se haría aún mayor con el tratado de Fráncfort, que sellaría los siguientes cuarenta y siete años de sometimiento y humillación. Sí, alsacianos y loreneses quedaron sujetos al nuevo imperio alemán: un asunto sobre el que mi tutor, el viejo Morlet, departía a toda hora con quienquiera que se prestase a ello. Pero la suerte estaba echada y, como tantas otras familias en Estrasburgo, la mía tuvo que retirarse a Nancy, que no fue ocupada por los alemanes hasta el 73. Aquella humillante retirada habría de marcarme para siempre, y todavía hoy, en mi vejez, aunque muchos no lo entiendan y hasta se escandalicen, sigo viendo en Alemania algo así como la reencarnación europea de la barbarie. ¡Los alemanes! ¿Por qué no sabrán quedarse en sus flamantes conservatorios y en sus reputadas y estériles academias?

Isabelle Beaudet de Morlet, mi madre, a quien apenas conocí por un mal parto que la llevó a la tumba, influyó en mí mucho menos que mi prima Marie, hija de tía Agnès y del riquísimo banquero Segisbert Moitissier. Tampoco conocí bien a mi padre –François Édouard–, un subinspector de bosques perteneciente a la noble familia de los Perigord; por causa de una larga y fastidiosa enfermedad, siempre lo mantuvieron alejado de mí.

Por contrapartida, estuve muy cerca del ya mencionado Morlet, mi abuelo materno, a quien encomendaron mi tutela y educación, así como la de mi hermana pequeña, Marie. Aquel viejo militar, campechano y bonachón, nos hablaba siempre con empaque y dignidad, como si disertara. Tanto mi hermana como yo sabíamos que cuando nos conducía a su despacho era para darnos una conferencia de la que poco o nada sacaríamos en limpio. A mí, sin embargo, me agradaban los libros que se apilaban en las librerías de su despacho, sus uniformes y muchas condecoraciones y, por supuesto, su colección de relucientes sables, que no me cansaba de desenfundar bajo su mirada vigilante. El viejo Morlet oscilaba entre la dulzura y la intemperancia: era tan tierno como exigente, pero no tardé en saber que tanto su exigencia como su ternura eran impostadas, por lo que siempre pude hacer –bajo su aparente e inútil autoridad– lo que me dio la real gana. Fue este viejo soldado quien me educó, o quien no me educó –aunque no sería justo que, en este momento, le culpara a él de todo lo que muy pronto me iba a suceder.

Ahora, de adulto, casi de anciano, veo al viejo Morlet como a un hombre débil y pusilánime, como a un ser tan bondadoso como inflado de sí. A menudo pienso en él: le veo con sus poblados bigotes y sus labios carnosos, desabrochándose la casaca ante el gran espejo del recibidor, sacudiendo la servilleta a la hora de comer y anudándose la selsa al cuello en forma de babero, encendiendo sus puros y jadeando ruidosamente, pues respiraba con dificultad. También recuerdo a mi abuelo en la plaza Kléber, donde acostumbraba a llevarme cada mañana de domingo para que presenciara un desfile militar. El regimiento tocaba marchas que mi abuelo escuchaba con más emoción que yo, un entusiasmo que me contagiaba. De aquellas ma-

ñanas de domingo data mi supuesta vocación a las armas, pues mi corazón –como el de todos los niños del mundo– se inflamaba ante el sonido de las trompetas y los redobles del tambor.

4. MARIE EN EL JARDÍN

Las vacaciones veraniegas las pasábamos en Normandía, en casa de los Moitissier, con tía Agnès y sus dos hijas, Cataline y Marie; a esta última –como ya dije– estuve unido con una relación muy, muy especial. Entre aquellas tres mujeres me sentía muy bien, y no sólo por la holganza propia de las vacaciones, sino porque las espía-ba y admiraba en secreto: sus modos de vestir y de hablar, la elegancia con que madre e hijas se paseaban entre los parterres de los jardines, el olor que desprendían, su enternecedora devoción al Corazón de Jesús –del que más tarde fui tan acérrimo valedor–, su forma de cuchichear o de quedarse por las noches suavemente dormidas en el salón... Sin tía Agnès y mis primas, yo no habría sido Charles de Foucauld; y confieso que todavía hoy siento en ocasiones un orgullo tonto por haber formado parte del aristocrático clan de los Moitissier.

En el jardín de esa casa normanda mi prima Marie solía mirarme con unos ojos y, sobre todo, en un silencio que me dejaba sin saber qué pensar o sentir. Como cualquiera, en mi interior yo estaba constantemente hablando conmigo mismo, interpretando, eligiendo... Aquel silencio suyo, en cambio, lo dejaba todo intacto y en comunión. Por ello, ni siquiera osaba preguntarle por qué callaba tanto, y mucho menos por qué me miraba de aquel modo tan intenso y especial. Había algo en su compostura, sin embargo, algo en el silencio con que ca-

llaba –distinto a los silencios que había conocido hasta entonces–, que me empujaba a ir en su busca una y otra vez para, finalmente hallado, permanecer embobado en su presencia.

–¿Qué haces, Charles? –me decía ella al cabo.

Y yo:

–Nada.

Porque no hacía nada más que estar allí, a su vera, y contemplarla.

Hasta para decir aquel «nada» con que le respondía cada tarde y cada mañana, me turbaba. Porque mi prima no reaccionaba con simple coquetería, como las demás chicas de Nancy, a quienes ya había mirado como suelen los muchachos de esa edad. Ella me evocaba algo más dulce y superior: un sentimiento puro y noble que no cabía en palabras. Ante ella habría querido decir algo –quién sabe qué–, pero sospechaba que cualquier comentario que hubiera podido hacer habría resultado en vano. «Marie»: era lo único que salía de mis labios cuando estaba con ella a solas. Y luego: «nada», cuando me preguntaba.

Tras cada uno de mis «nada», ella me tomaba de la mano y me llevaba a pasear por el jardín. Aunque yo conocía bien el jardín de esa casa normanda, durante aquellos paseos matutinos –también durante los vespertinos– los árboles de aquel jardín, sus flores, me parecían nuevos. La vegetación resplandecía cuando la mano de mi prima estaba en la mía; el sol brillaba con más fuerza; las mariposas revoloteaban por doquier –quién sabe de dónde saldrían–; y el tiempo... ¡Ah, el tiempo dejaba entonces de existir! Muchas veces había caminado de niño por aquellos senderos, hecho hoyos en los parterres, correteado por la pradera... Con ella de la mano me habría perdido por aquel paraje tan familiar, tal era mi azora-

miento. Porque Marie desprendía un embriagador perfume que no era, definitivamente, como el de las demás muchachitas. No es que oliera a pétalos de rosas o a agua de colonia –como algunos videntes aseguran haber olido en el trance de las apariciones de Nuestra Señora–, sino a un perfume que, a falta de una palabra más exacta, designaría simplemente con el término «limpieza». Sí, mi prima olía a limpia.

Hoy sé que la emoción que Marie me proporcionaba, y para la que entonces no tenía palabras –pues era la primera vez que me estremecía– era la emoción religiosa: esa sensación de estar ante algo que es sagrado, esa fuerza magnética que atrae tanto como repele, esa patria a la que aspiramos y para la que nunca estamos del todo preparados.

Vuelvo a menudo con la imaginación a los largos veranos en aquella casa normanda de los Moitissier. En mi fantasía, veo a mis primas rezar, algo que me sobrecojía: creaban un paréntesis en medio de sus actividades cotidianas y, sin apenas descuidar lo doméstico, las tres mujeres se recogían en una actitud devota que yo estaba muy lejos de comprender y, por supuesto, de compartir. Recitaban de memoria rezos que desconocía, y guardaban silencios muy largos que, sin embargo –inquieta como cualquier niño–, no me atrevía a interrumpir. Luego volvían a la cocina o al piano, a las canciones o a los pastelillos con forma de corazón o de estrella, a las mecedoras del porche, donde las tres se mecían incansables, como si hubieran nacido sola y simplemente para mecerse.